

Al momento de escribir esta nota, los cubanos conmemoran uno de los acontecimientos más significativos en la historia por la independencia y la soberanía nacional: La Protesta de Baraguá. Precisamente, en esta edición queremos rendir homenaje al héroe de esa gesta: Antonio Maceo y Grajales.

Después de transcurridos diez años de contienda armada contra España, la situación en las filas del Ejército Libertador empeoraba constantemente. Las contradicciones regionales, la indisciplina y el caudillismo minaban la unidad necesaria en medio de una prolongada guerra de desgaste. Fue así que un grupo de líderes cubanos decidió firmar un armisticio con España, históricamente conocido como “Pacto del Zanjón”. Sin embargo, los términos en que sería establecida la paz no fueron aceptados por Antonio Maceo y otras importantes figuras del Ejército Libertador, porque no respondían a los propósitos por los que se había luchado durante una década. Para Maceo, una paz sin independencia y, por tanto, sin la emancipación de los esclavos, era inaceptable. Su posición la hizo patente en los Mangos de Baraguá, donde



escribió una de las páginas más gloriosas de la historia de Cuba. De esta manera, Maceo se instalaba definitivamente en la cumbre del pensamiento patriótico cubano.

Pero la hoja de servicios del general mambí seguiría incrementándose. Si bien la Protesta de Baraguá dejó encendida la antorcha de la libertad y reafirmó el propósito de que sólo con la independencia podría lograrse la abolición de la esclavitud, la última etapa de la contienda libertadora, iniciada en 1895, fue testigo de su más grande proeza militar: la invasión de Oriente a Occidente.

La invasión dirigida por el General en Jefe Máximo Gómez y su Lugarteniente General Antonio Maceo hizo realidad el anhelo tantas veces acariciado de extender la guerra hasta el occidente de la Isla, donde se concentraban las riquezas de las que se nutría el gobierno de Madrid. Durante la campaña, se puso a prueba una vez más la estrategia militar de Maceo. En su desarrollo, éste protagonizó asombrosas hazañas y victorias militares. Su valentía en combate, sus éxitos como estratega militar y sus continuas victorias le ganaron el sobrenombre de “Titán de Bronce”. Desafortunadamente, Maceo no vivió hasta el fin de la guerra. Tras haber cumplido el objetivo principal de la invasión, encontró la muerte en combate el 7 de diciembre de 1896, en San Pedro, al sur de La Habana.

Los trabajos que ahora se publican ofrecen una sucinta visión histórica de la vida de Maceo, situándolo no sólo como un relevante estratega militar, sino como un hombre cuyo ejemplo, ideas y concepciones contribuyeron de manera decisiva a la formación de un pensamiento patriótico cubano. Al mismo tiempo, podrá encontrarse en ellos algunas pinceladas de la repercusión y dimensión internacional del general mambí.

Parece conveniente señalar que Maceo alcanzó relevancia histórica a pesar de varios factores adversos. Su condición de mulato muchas veces lo situó en una contradictoria y delicada posición. El ideal racista prevaleciente, en un país escenario de la esclavitud durante siglos, no podía borrar sus méritos como guerrero ni la importancia de su ideal revolucionario. Sin embargo, no faltaron los temerosos del peligro que, según sus concepciones, implicaba el prominente lugar que desde los primeros tiempos de la lucha por la independencia adquirió Maceo. La influencia del Titán y de otros jefes y oficiales negros ensombrecía la arraigada idea de una Cuba no sólo libre de España, sino también de la evidente y pujante influencia de la población negra.

Las concepciones integradoras en las filas del movimiento revolucionario, muchas veces se vieron empañadas por la fuerza con que actuaba la ideología racista. Una prueba de ello es la carta enviada por Antonio Maceo al presidente de la República en Armas, en 1876, que reproducimos en este número. En ella denuncia y solicita la intervención del gobierno para poner fin a las posiciones y actitudes racistas dentro del ejército, que incluso llegaban a generar acusaciones contra su persona. En esa ocasión se trataba, como él mismo señala, de un pequeño círculo que no quería servir bajo sus órdenes, porque no aceptaba “sobreponer los hombres de color a los hombres de color blanco”.

Si esto ocurría con una figura relevante como Antonio Maceo, qué podía esperarse para las masas negras procedentes del barracón esclavista o de los sectores más humildes de la población, que engrosaban de manera significativa las filas insurrectas. Al respecto, vale la pena citar a la historiadora Hortensia Pichardo, cuando, refiriéndose a los primeros momentos de la lucha por la independencia y a las fuertes contradicciones y ambivalencias ante el problema de la abolición de la esclavitud, señaló: “...aún quedaban muchas amarras del sistema y los blancos no acababan de convencerse de que el liberto no haría mal uso de su libertad”.

Transcurridos casi 150 años de estos hechos, la realidad actual nos persuade aún con más fuerza de la necesidad de abordar y enfrentar el problema del racismo y sus manifestaciones, por muy sutiles que sean, en la Cuba contemporánea. Varios de los trabajos publicados por *Islas* en éste y otros números confluyen en esa dirección. En

este sentido, destaca el ensayo de Manuel Cuesta Morúa *Cuba: ¿Dónde estamos de cara la nación?*, que ahora publicamos.

Especial atención se le dedica en este número a la ciudad de Tampa, en el sur de la Florida, y de manera específica a los afrocubanos que desde finales del siglo XIX formaron parte activa y determinante de esa comunidad. Son muchos los hilos que entretejen a Tampa con la historia de Cuba, en general, y de los afrocubanos fuera de la Isla en particular. En sus barrios y calles, en su vida cotidiana, en sus gustos y preferencias, está la impronta indeleble de Cuba. Este es un proceso que comenzó casi siglo y medio atrás, cuando la ciudad se convirtió en un importante enclave para la organización y preparación de la guerra por la independencia. Allí encontraron espacio y apoyo muchas de las principales figuras del movimiento independentista. Fue en West Tampa donde se elaboró el tabaco en el que aparecía escrita la orden del alzamiento que dio inicio a la Guerra de Independencia en 1895, por sólo citar un curioso, pero significativo detalle histórico.

Precisamente, la foto del mural que aparece en portada ofrece una elocuente síntesis de los dos aspectos centrales de la presente edición. El mural, pintado en uno de los muros del edificio que sirve de sede a la Unión Martí-Maceo, es el resultado de un proyecto escolar de esta comunidad floridana. Teniendo como centro la imagen de dos figuras claves en la historia de Cuba, y de Paulina Pedroso, una afrocubana residente en Tampa que colaboró enérgicamente con los conspiradores, el mural se extiende en múltiples escenas simbólicas que hacen alusión a la historia de Cuba.

No queremos terminar esta nota sin hacer un reconocimiento a la labor realizada por la profesora Kenya C. Dworkin y Méndez en la preparación de este número. Son pocas las páginas de esta revista que no recogen al menos un granito de su colaboración. Particularmente importante fue su trabajo en la revisión de las traducciones y en la traducción misma de algunos trabajos. La relación establecida con ella nos permitió iniciar una colaboración con su clase de traducción en la Universidad de Carnegie Mellon, en Pittsburgh, lo que posibilitó que los propios estudiantes se convirtieran en traductores de nuestra revista, como parte de sus ejercicios académicos. Personalmente, pude constatar el fuerte impacto que el contenido de nuestros artículos ejerció sobre ellos, y el entusiasmo con que trabajaron. Esperamos que empeños como éste sigan desarrollándose en el futuro

Dr. Juan Antonio Alvarado
Editor Jefe